



SILVIA NICOLÁS ALONSO

Veterinaria Oficial de la Junta de Castilla y León

Asociación Leonesa de Historia de la Veterinaria

Instituto Bíblico y Oriental

Los perros en la sociedad de la antigua Mesopotamia: Dos caras de una misma moneda

INTRODUCCIÓN

Los perros fueron los primeros animales en ser domesticados. Su prolongada interacción con el hombre desde la prehistoria hace de este proceso uno de los más complejos y controvertidos. En el Creciente Fértil, la primera prueba que tenemos de la estrecha relación entre perros y humanos consiste en unos enterramientos de la cultura natufiense, datados entre 12.500 y 9.500 a.C.

Los individuos, hallados en Israel, ya presentaban cambios morfológicos asociados al proceso de domesticación que permitían clasificarlos claramente como perros. Los restos faunísticos ofrecen una visión de la vida canina en la Antigüedad, pero dado que los estudios zooarqueológicos no abundan en Mesopotamia, es necesario tener en cuenta otras fuentes. En esta región del Creciente Fértil, los perros aparecen representados junto a especies ganaderas en los pictogramas derivados para representar los *calculi*, pequeñas piezas de arcilla utilizadas en los primeros intercambios comerciales o trueques, que más tarde evolucionarían hasta convertirse en signos cuneiformes.

Con el crecimiento demográfico debido a la mayor disponibilidad de alimentos proporcionados regularmente por plantas y animales domesticados, las primeras aldeas se transformaron en centros urbanos con un entramado socioeconómico y político mucho más complejo: las llamadas ciudades-estado (IV milenio a.C.), cuyos primeros ejemplos se encuentran en Sumeria, al sur de la Antigua Mesopotamia. Aquí, los perros eran animales dotados de un marcado dualismo y ello se reflejaba en los diferentes entornos que ocupaban junto al hombre, tanto dentro como fuera de la ciudad, demostrando así su gran capacidad de adaptación.

Estos espacios eran los siguientes:

1. El espacio de la ciudad protegido por su muralla (*intra mura*).
2. El templo, lugar más importante de la ciudad, junto con el palacio.
3. Las tierras de cultivo y pastos que forman parte de la ciudad, pero se localizan fuera de la muralla (*extra mura*).
4. Territorios fuera de la influencia de la ciudad.

El perro en la clasificación zoológica sumeria

Una forma de entender el concepto que de los perros tenían los mesopotámicos consiste en el estudio de la clasificación faunística. En el sistema sumero-acadio, los perros se incluyen en el grupo **ur** (acadio *kalbum*), un conjunto heterogéneo que incluye depredadores cuadrúpedos salvajes, muchos de ellos extintos en la Mesopotamia actual, como los grandes felinos. Para concretar la especie, se añaden nombres secundarios que, en el caso del grupo **ur**, hacen referencia principalmente a adaptaciones a la vida depredadora que una vez fue la del perro, por ejemplo, términos referidos a su ferocidad, su voracidad o a su forma de cazar. En cuanto a los perros, es importante señalar que, hasta donde sabemos, son los únicos animales domésticos incluidos en este grupo. El término secundario, que define su especie, se refiere precisamente a su condición adiestrada o civilizada a través del término **gir**₁₅/**gi**₇ (figura 1a), que también se utiliza para designar a los ciudadanos. En clara contraposición, el signo **idim** (salvaje, furioso) designa a los individuos afectados por la rabia.

La denominada «revolución neolítica» supuso el primer cambio radical en el modo de vida humano. Por un lado, la sedentarización, resultado del cultivo de la tierra, culminó con la creación de las primeras ciudades en Mesopotamia. Por otro, la relación hombre-animal, basada ahora en una economía de producción, se estrechó profundamente. A partir de este momento, la acumulación de residuos, problema endémico en las ciudades, y la mayor probabilidad de transmisión de zoonosis serán los nuevos retos para la salud colectiva e individual. Aunque los animales de abasto tenían mayor peso en el entramado económico de las antiguas sociedades mesopotámicas, los perros también ejercieron una gran influencia, sabiendo adaptarse como ninguna otra especie a los nuevos espacios impuestos por el hombre.

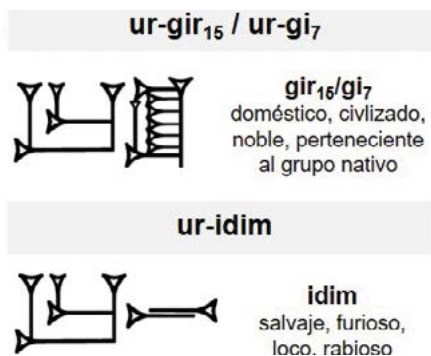


Figura 1 a) Signos cuneiformes para el perro (dos grafías) y el perro rabioso, junto al significado de los nombres secundarios correspondientes.

El perro como guardián

Las ciudades de la antigua Mesopotamia estaban dotadas de una muralla defensiva, límite entre dos mundos opuestos: vida y muerte, civilización y barbarie, domesticidad y salvajismo. Más allá, la estepa era hostil al hombre. Este era el hábitat de los perros de caza y de los perros pastores. Los veloces lebreles cazaban para recreo de la nobleza mientras los imponentes molosos, más importantes para la economía, se encargaban de proteger los bienes del hombre, principalmente el ganado, aunque también se utilizaban como perros de guerra. Otrora voraz depredador, sus atributos (ferocidad, fortaleza) se ponen ahora al servicio del hombre. Es, por tanto, un animal liminal cuyos efectos apotropaicos se utilizaban también para proteger los límites de la tierra, lo que frecuentemente le aseguraba un lugar preponderante en los kudurrus (figura 1b). Esta capacidad protectora se utilizaba en rituales, en los que el uso de figuritas de perro de bronce o arcilla, colocadas bajo el suelo en las entradas de viviendas y edificios importantes, aseguraba la protección divina impidiendo que el mal pudiera acceder a ellos.

Como "ciudadano", este depredador reconvertido era muy apreciado y se consideraba parte integrante de la ciudad. En los



Figura 1 b) Detalle de un perro, acompañado de una serpiente y un escorpión en un Kudurru. La inscripción que contiene es un texto amenazante contra posibles usurpadores de tierras y se puede leer: "(...) Que la señora Gula haga caer sobre él su carga (?) de enfermedad (...)". Período Babilónico (1125-1100 a.C.). Museo Británico (MN:102485).

proverbios sumerios se presenta, de nuevo, con un simbolismo fuertemente dualizado. En el caso de los perros adiestrados (guardianes y pastores), las principales cualidades que se destacan son la lealtad y la obediencia. Pero en muchos otros, el perro, esta vez perfilado como animal errante y sin hogar, es devuelto a su estado salvaje, agresivo, insaciable y egoísta.

El perro como eliminador de residuos

Con el desarrollo de las ciudades, el volumen de basura aumentó y el saneamiento se convirtió en un importante motivo de preocupación. La acumulación de residuos era un problema en todas partes, pero especialmente en las ciudades más densamente pobladas, por ello se debían disponer vertederos en un lugar acordado de las afueras. En este ambiente el perro, especie ambigua, mantenía un estatus peridoméstico, vagando por las calles y las afueras de la ciudad en busca de alimento. Este paria asilvestrado no tenía valor económico y se consideraba impuro, sin embargo, su presencia

se tolerada debido a su función como consumidor de productos de desecho. En una época en la que las infraestructuras sanitarias eran limitadas, los sumerios apreciaban este beneficio adicional: prevenían la propagación de enfermedades acelerando la descomposición de los desechos, reducían el riesgo de epizootias evitando la exposición a cadáveres y sustancias nocivas o infectadas, eliminaban los desechos que podían atraer depredadores o carroñeros más peligrosos y, en general, ayudaban a mantener un medio ambiente relativamente más saludable. Por otro lado, estos perros eran retratados como criaturas salvajes difíciles de domesticar y que debían ser tratadas con gran precaución.

El perro en el templo

El lugar más sagrado en las ciudades mesopotámicas se reservaba a la divinidad, los sacerdotes y los animales sacrificiales. Habiendo convivido tanto tiempo y tan estrechamente con el hombre, no es de extrañar la fascinación que provocó el comportamiento de los perros en cuanto a lamer las heridas. Debido a las propiedades curativas asociadas con su saliva, los perros quedaron vinculados a la diosa de la salud, Gula (figura 2), desde el período paleobabilónico (c. 2000-1600 a.C.). Esta diosa era conocida como la Gran Sanadora (Azugallatu), pues conocía todo tipo de medicina. Entre sus



Figura 2: Diosa Gula, la Gran Sanadora (Azugallatu) y su perro. En la imagen, sostiene un escabelo en una mano y una tablilla en la otra. Detalle de un sello cilíndrico, periodo neosirio (911-612 a.C.). Museo Británico (Número de museo: 89846).

atributos divinos se encontraban las plantas, los bisturíes, las tablillas con oraciones y los perros. Su templo principal, denominado la “casa del perro” (**é-ur-gir₁₅-ra**), estaba en la ciudad de Isín y por ello también se le conocía por el nombre de Ninisina, señora de Isín. Como era costumbre, los oficios se transmitían de padres a hijos, así Gula era madre de otras tres deidades curativas: Damu, Ninazu y Gunurra.

En Mesopotamia era bien sabido que los perros transmitían la rabia. La descripción de sus síntomas típicos en varios textos permite su clara identificación. Esta temida enfermedad también se menciona en los códigos legales más antiguos, como el de Ešnunna (1930 a.C.), que estipula que el dueño de un perro que presente síntomas de rabia debe tomar medidas preventivas para evitar las mordeduras. Así, el perro o “la mano de Gula”, con su doble perfil, se presenta a la vez como sanador y como causante de enfermedad mortal. La capacidad de dar o quitar la vida es un atributo reservado a la divinidad, por lo que a la diosa Gula y sus perros se les



invoca casi con tanta frecuencia en maldiciones como en oraciones

Figura 3: Estatuilla votiva de esteatita en forma de perro que un médico de Lagaš (Abba-duga) dedicó a la diosa Ninisina “Por la vida de Sûmû-El”, rey de Larsa. (1.894-1.866 a.C.). Museo del Louvre (Número de museo AO 4349).

curativas (figura 3). Es por este aspecto negativo, que los perros rabiosos comparten espacio en el arte y la literatura con especies venenosas, como los escorpiones y las serpientes, participando del mismo valor simbólico.

BIBLIOGRAFÍA DESTACADA

BÖCK, B. (2014). *The healing goddess Gula: Towards an understanding of ancient Babylonian medicine*. Brill Academic Publishers.

GONZÁLEZ, A. (2012). *The pariah case: Some comments on the origin and evolution of primitive dogs and on the taxonomy of related species*. School of Archaeology and Anthropology. Australian National University, Canberra.

NICOLÁS, S. & VIVES, A. (2024). “Dogs and the city: medicine and public health in Ancient Mesopotamia.” Ed. Zoccarato, I. et al., en *World Association for the History of Veterinary Medicine (WAHVM): Proceedings of 45th International Congress*. Editorial Foundation for Zooprophyllactic and Livestock Initiatives. Brescia. ISBN 978-88-97562-34-4.

PRICE, M., MEIER, J., & ARBUCKLE, B. (2020). “Canine economies of the Ancient Near East and Eastern Mediterranean.” *Journal of Field Archaeology*, 46, 1–12.

SIBBING-PLANTHOLT, I. (2022). *The image of Mesopotamian divine healers healing goddesses and the legitimization of professional asûs in the Mesopotamian medical marketplace*. Cuneiform Monographs, Volume: 53. BRILL.

TARANTOLA, A. (2017). “Four Thousand Years of Concepts Relating to Rabies in Animals and Humans, Its Prevention and Its Cure.” *Tropical Medicine and Infectious Disease*, 2, 5.

TSOUPAROPOULOU, C. (2012). “The “K-9 Corps” of the Third Dynasty of Ur: The dog handlers at Drehem and the army”, *Zeitschrift für Assyriologie*, 98-102.

TSOUPAROPOULOU, C. (2020) “The healing goddess, her dogs and physicians in Late Third Millennium BC Mesopotamia.” *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, 110(1): 14– 24.

WEIERSHÄUSER, F. & HRŮŠA, I. (2018). *Lexikalische Texte: ur5-ra = hubullu, mur-gud = imrû = ballu*, Lú-Listen, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag.

YUHONG, W. (2001). “Rabies and rabid dogs in Sumerian and Akkadian literature”, *Journal of the American Oriental Society* 121(1):32.

Los signos cuneiformes de la figura 1a se han obtenido de url: <http://psd.museum.upenn.edu/>